

Un sábado en la mañana la abuela estaba pintando un cuadro de pájaros sentados en las ramas de un guayabo: una **oropéndola**, un **chocoyo real**, una **urraca**, una **saltapiñuela**, un **chichiltote**, un **guardabarranco** con su larga cola pelada que terminaba en dos plumas, y un **cierto güis** de balandrán, con el pico arrimado a un racimo de guayabas.





Buscando más luz lo llevó al jardín y lo puso debajo de un guayabo de verdad. En lo que entró a buscar sus pinceles para retocar las plumas azules de la cola del guardabarranco, los pájaros se salieron volando del cuadro en gran algarabía y fueron a sentarse en las ramas del guayabo verdadero, a la cabeza el cierto güis, porque a los güises les encanta el alboroto.

— ¡Nada de guayabas pintadas, vamos a comernos las de verdad! — dijo el güis ya instalado en la rama más alta.

Cuando la abuela volvió, vio su cuadro vacío y oyó arriba el relajo de sus pájaros comiéndose las guayabas maduras.
—¡Ay, Dios mío! ¿Y ahora cómo metemos otra vez en el cuadro a estos insolentes? —preguntó.

